

ÁLVARO TEJERO: IN MEMÓRIAM

El día 24 de abril, dentro de la II Semana Complutense de las Letras, tenía lugar en la Facultad de Filología un emotivo acto de homenaje a ÁLVARO TEJERO, alumno del Instituto del Teatro de Madrid, dramaturgo y director teatral, fallecido en la madrugada del pasado 27 de enero. En él participaron familiares, amigos y compañeros, que fueron haciendo un recorrido por la trayectoria humana y profesional de Álvaro. Esta fue la intervención con la que JAVIER HUERTA CALVO, director del ITEM, abrió el acto:

Tenía algo de premonitorio aquel título: *Los vivos y los...* Un poema dramático estremecedor, el de José Cruz, que se nos iba desvelando en el espacio curre pero íntimo de una vieja tienda del barrio de Antón Martín. Ni en el Teatro María Guerrero hubiera sonado mejor. Era necesario un lugar así de reducido y asfixiante para dar cuenta de aquella historia de sombras y fantasmas que desfilaban ante nuestros ojos acojonados, buceando por un pasado turbio y ominoso. Allí Álvaro urdió los mimbres de su primera gran puesta en escena con unas actrices y unos actores que sabían transmitirnos buenas, cercanas sensaciones. Todo cercano, sí. ¡Qué orgullo para nosotros, los profes, que autor, director y actores de aquel espectáculo fueran alumnos de nuestro recién inaugurado Máster de Teatro! Mi compañero y gran amigo, el doctor Amancio Labandeira, suele decir que no hay en el mundo profesión tan maravillosa como la de enseñar. Con permiso de los teatreros, cada vez estoy más convencido de la verdad de sus palabras. Ante nosotros, los profesores –en realidad, ya se sabe, actores fracasados– pasa, desde luego, mucho estudiante-masa, que diría Ortega y Gasset, pero de cuando en cuando irrumpe en nuestras clases alguien que no se resigna al papel de pasivo espectador sino que quiere el de personaje, el de protagonista del drama, y va y se sube al estrado para decirte a lo Pirandello: ¡aquí estoy yo!, ¡cuenta conmigo!, ¡tengo algo nuevo que decir!

Álvaro tenía mucho nuevo y bueno que decir. No hacía falta ser un lince para adivinarlo. En el ITEM –Antonio, César, las dos Cristinas y el que suscribe– nos dimos cuenta de ello en seguida. Era la persona idónea para hacerse cargo de un proyecto ilusionante: nuestra primera compañía teatral. Al hilo de la buena experiencia que el año pasado tuvimos con *La Barraca*, lo llamé. «He de verte con urgencia para hacer te una propuesta, en nombre del Instituto del Teatro, que tal vez te interese». «Sí, por supuesto, pero ¿no me puede adelantar nada?». «No, ya te cuento». «¿Dónde nos vemos?». «En el Doré, a las 8». A

pesar de su máscara de hombre rocoso y ácrata, Álvaro era tierno y tan respetuoso que le costaba apearme del usted. Con dos cervezas delante le costó menos. «Bueno, el proyecto hay que tenerlo listo antes de Navidad». «Sin problemas, te prometo que estará».

Aquel proyecto se quedó en mero proyecto; mejor dicho, ni en eso siquiera. No sabíamos que, a pesar de su gozoso título –*Gaudeamus*– llevaba dentro la tragedia. Pero –como en toda buena tragedia– tras el *fatum*, viene la catarsis. Yo veo la catarsis de la tragedia de Álvaro en el ejemplo inolvidable que nos da a todos, que nos tiene que seguir dando a todos: a quienes fueron sus compañeros y amigos de viaje en la maravillosa aventura del teatro y de la cultura y a quienes fuimos sus profesores y creímos en sus enormes posibilidades. Y creedme, no es ese consuelo pequeño.



Álvaro Tejero